



Noé Jitrik
Ensayos y estudios de literatura argentina
 Eudeba
 Buenos Aires
 2019
 240 páginas
 Prólogo de Roberto Ferro

Optar por seguir preguntando

Claudia A. Roman¹

Es indudable que *Ensayos y estudios de literatura argentina* de Noé Jitrik, el último título publicado por la Serie de los Dos Siglos de Eudeba que dirigen Sylvia Saítta y José Luis de Diego, se mueve hacia el tercero, hacia el siglo XXI. Y esto pese a la sospecha que hace cincuenta años, en su primera edición (Galerna: 1970) plantaba el autor en su nota inicial. Allí, incluso antes de que quien lee hubiera entrado en diálogo con sus textos, Jitrik se apresuraba a indicar: “quizá todo esto parezca ya envejecido” (28). La frase no es un ademán protocolar o vacío. Todo lo contrario: es, por un lado, una alerta crítica respecto del propio trabajo –este autor

sigue su búsqueda; le interesan, ya, otras formas de abordar el hecho literario—. Es, también, una llamada de atención para quien está a punto de aventurarse en el libro: las letras que fija la tinta están ya, incluso ahí, en movimiento; la estampa no detiene la idea. Por una astucia de anacronismo inesperado, esa advertencia autorial sintoniza perfectamente con la inclusión del volumen en una “serie” que opera sobre la reedición reconfigurando vínculos y jerarquías en la literatura argentina: los *dos siglos* que la titulan están lejos de constituir una mera ampliación cuantitativa de la reimpresión del *siglo y medio* que daba nombre a la antecesora de esta colección, allá por los años sesenta –cuando el libro de Jitrik se hacía a sí mismo—. La colección revisa,

¹ Profesora regular adjunta de Literatura Argentina II, FFYL-UBA. Investigadora Adjunta, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr Emilio

Ravignani" (IHAYA). Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, Argentina. Contacto: laudiaroman@hotmail.com

apunta textos, líneas o autores que entran en diálogos no siempre previsibles y produce anomalías bajo hipótesis críticas. Por eso, la reedición de *Ensayos y estudios de literatura argentina* no es un “rescate”, sino la apuesta a prueba de un clásico de la crítica literaria. No es la primera vez, por lo demás, que la Serie de los Dos Siglos ensaya ese desafío.²

Cabría preguntarse por esa cualidad de “clásico”. Más allá de su probada eficacia para ayudar a pensar y también a enseñar los textos, autores y problemas que visita, el libro de Jitrik incluye un modo de pensarse a sí mismo. Ese modo supone una propuesta para abordar la literatura argentina desde el siglo XIX hasta el presente de su primera edición. Además, postula de hecho una hipótesis queda forma tanto a su objeto –la literatura argentina– como al libro mismo en términos vinculares, relacionales: se pregunta por las correspondencias entre autores y lectores, entre literaturas nacionales y regionales, entre procedimientos y organizaciones de series, entre la escritura y las estrategias tanto personalísimas como sociales y culturales, para experimentarla. Vale la pena detenerse en cada una de estas tres

cuestiones como se dan en estos textos: es decir, no necesariamente por separado, ni en orden sucesivo.

En su primera edición, de 1970, este es un libro de síntesis; hoy entendemos que es también un libro de apertura de temas, problemas, asuntos que volverán en los ensayos de Jitrik y también en el diálogo con preocupaciones que – como señala acertadamente el prólogo– pueden leerse en el recorrido que va de *Contorno* a *Los Libros*, y que se transfigurarán en el siguiente libro que Jitrik publica apenas meses después de la salida de este, *El fuego dela especie* (1971). Esas intervenciones en diálogo se explican, al menos en parte, porque los nueve ensayos y estudios reunidos en este volumen habían sido publicados previamente por separado, entre 1960 y 1970. Algunos circularon en revistas académicas y culturales; otros sirvieron de prólogo que presentaba a públicos más amplios textos clásicos (*Facundo*, *La cautiva* y *El Matadero*) o bien poco estudiados (las novelas cortas de Horacio Quiroga). Cuatro de ellos, los primeros, giran en torno a un autor, identificado con un texto o con un conjunto muy preciso de textos (Domingo F. Sarmiento, Eugenio

²Al contrario: la reconstrucción de una trama de la crítica literaria argentina y de su peso específico es una de sus líneas rectoras. Junto con textos asignables a géneros literarios diversos (narrativa, poesía, teatro, ensayos), la Serie de los Dos Siglos ha publicado ya *El habla de la ideología. Modos de la réplica literaria en la Argentina contemporánea* [1983], de Andrés Avellaneda, con prólogo de José Luis de Diego (2013) y *Crítica y subdesarrollo*, de Adolfo Prieto [1968], con prólogo de Alejandro Blanco (2014). En su primera página, el prólogo del libro de Avellaneda anticipa su diálogo implícito con los libros de Prieto y de Jitrik. La misma Serie ha reeditado también otros tres ensayos de crítica cultural en sentido amplio, que interpelan la literatura: *Ficción y política. La*

narrativa argentina durante el proceso militar [1987], un conjunto de intervenciones de varios autores con prólogo de Andrés Avellaneda (2014), *Realismo y realidad en la narrativa*, de Juan Carlos Portantiero [1961], con prólogo de María Teresa Gramuglio (2011), y *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino* [1988], compilado por Saúl Sosnowski y con un nuevo prólogo suyo (2014). Basta la somera enunciación de esos autores, de esos títulos y aun de los prologuistas que vuelven a acercarnoslos para advertir hasta qué punto la colección no es una mera sucesión de volúmenes sino una constelación con intensidades y reenvíos múltiples, una trama.

Cambaceres, Manuel Gálvez, Horacio Quiroga). Los cinco restantes van de los “hombres” a los procesos y procedimientos: la cultura del 80 y muy particularmente, los vínculos materiales y formales entre “estructuras del sentimiento”, prácticas y escritura; la “voluntad de adaptación” de la estética romántica a la textualidad local, que permite leer los vaivenes del viaje de las ideas en los procedimientos específicos de la escritura; una dinámica de la poesía argentina que se diseña a través del “epigonismo” que le es particular así como las pujas de clase locales, sin que ni esa ni esta dimensión se subordinen a la otra en términos epistemológicos ni cronológicos; y, como cierre, una propuesta de relectura total de la literatura argentina en términos de “bipolaridades” que no excluyen la historia, sino que discuten ágilmente con ella y abren la posibilidad de comprender el hecho literario como objeto con una lógica propia.

Hay mucho de “ensayo” en cada uno de esos “estudios”. No sólo por la reflexividad acechante, insistente, que descrece de las síntesis finales sin rechazar la afirmación. El ensayo está presente también de un modo más literal: en su carácter propiamente experimental y de tanteo, que no acumula credenciales de probidad ni certezas de un texto a otro y que, muy por el contrario, las pone en juego cada vez. Que este libro, tan deseoso de explorar en la literatura un “vehículo de comprensión más profunda de la realidad” (222), marcado más de una vez por la voluntad de intervención sobre el presente inmediato (como la referencia a la quema de libros en 1968 (204)) y amojonado por algunas expresiones que son hoy menos frecuentes en la crítica literaria (“ideología”; necesidades “de clase”; el

concepto de “literatura clandestina” y acaso la desconfianza respecto de las intervenciones “académicas”) pueda encontrarse a partir de ahora, casi medio siglo después, con un público nuevo y con otras lecturas, se explica en buena hipótesis por ese sesgo ensayístico/experimental.

A estas cualidades se agrega otra, igualmente notable: su generosidad intelectual, que abre su método al lector. Cada estudio convoca a su público en un sentido fuerte, lo forma. Es decir, les (nos) enseña explícitamente modos de progresar en la lectura —el uso de este infinitivo es intencional, y remite a su connotación decimonónica—. Al final, no solo estaremos más cerca de esclarecer el punto que estuviera en cuestión: acumulamos un saber que si no es trasladable de un texto o de un problema a otro, sí permite animarse a nuevos objetos, a nuevos ensayos. Esa es la función de la crítica, al alcance de todas y de todos. Jitrik explica ese trabajo con una expresión silvestre: lo llama, en uno de sus ensayos, “un cierto trabajo de desmonte” (34). El relato así producido es lectura del crítico que presenta a su público, mediante él, un texto nuevo.

Tal movimiento productivo puede advertirse también al hilvanarlas piezas que se suceden en el índice: el devenir de las “contradicciones” que propone textualmente Sarmiento, en la categoría analítica que, en el último estudio, permite pensar el conjunto de la literatura argentina, las “bipolaridades”. Se parte así de una pregunta que suscita un texto en particular (por ejemplo, *Facundo*) y se la desenvuelve hasta que, por su propia potencia, su impulso la lleva a dar forma a la literatura argentina como objeto, y por eso permite pensarla ya por fuera del libro que la postula.

Al mismo tiempo, si se considera cada estudio por separado, la pregunta que se propone a los textos hace de lo que podríamos pensar como un “elemento” (cualquiera sea el nivel de análisis involucrado: el autor, los personajes, movimientos estéticos, procedimientos, géneros...), una relación. En una red compleja, el personaje de Andrés en *Sin rumbo*, por ejemplo, remite para Jitrik a una dinámica general de su obra –la oposición complementaria entre adentro y afuera– pero también al pasaje del Cambaceres *causeur* al novelista; es decir, a la organización de su trabajo escriturario y a la ocupación de una posición relacional, social y cultural en su campo (60). El examen de la estructura de “caso” en *Historia del arrabal* y en *Nacha Regules*, de Gálvez, lleva a sopesar la “pérdida de tensión social” en esa literatura (87). Incluso cuando lo que se registra es que el conjunto de los vínculos textuales tambalea, como en la relativa falta de unidad que da la supremacía anecdótica por sobre la narración en los seis extraños “novelines” (89) de Quiroga y los heterogéneos elementos que la puntúan –*raccontos*, explicaciones, el narrador, sus animales y sus protagonistas-idea, el positivismo y el espiritismo– la mirada crítica encuentra relaciones. Ve allí, entonces, una serie de elementos dispersos que se acumulan y se anudan en el momento en que el autor y su obra van a convertirse en otros de sí, de lo que hasta entonces habían sido. En ese reconocimiento fugaz, que es al mismo tiempo un movimiento hacia otra cosa, Jitrik cuenta la forma en que la prosa de Quiroga prepara las nuevas perspectivas que hará ingresar a la literatura (95, 104). Pensada desde esta perspectiva teórica, esta mirada vincular permiten organizar

recorridos desde el final del libro, o en el orden o serie que se prefiera, a condición de producir “roces significativos” (29) para la lectura. Se trata de momentos de iluminación, pero que no estabilizan una certeza para avanzar a partir de ella. Son, por el contrario, coyunturas gozosamente efímeras, que ofrecerán la inteligibilidad de lo literario: lo que es igual a afirmar, casi como un testeo sin lugar a error, que es desde esa resistencia a lo definitivo desde donde nos permitirán acceder a lo que tiene de valioso la literatura en tanto inagotable, en tanto resistente.

Desde la perspectiva de la historiografía literaria, que no excluye la anterior, esos recorridos y esos movimientos toman la forma de una figura que en el libro emerge acá y allá: la trabazón. A propósito de la situación de los románticos rioplatenses, por ejemplo, Jitrik se pregunta “como es que [su situación contradictoria] no les trabó el movimiento ni les impidió hacer las formulaciones que hicieron y que tuvieron, ciertamente, gran fortuna” (138). La “adaptación inteligente” (167) que ejecutaron, o la prevención, en otro de sus ensayos, ante los gestos de veneración de la poesía de élite que llevarían a la “negación de todo el destino al que se encamina trabajosamente la poesía argentina” (204), son solo dos ejemplos del valor intensamente positivo, productivo, de ese progreso sucio, de esa fricción. Este avance trabado, trabajoso, se trasciende –lee y demuestra Jitrik– a fuerza de empecinamiento en el trabajo y en la imaginación, actitud que no impide atender al mismo tiempo a las condiciones materiales, sociales, culturales del presente inmediato.

Para llevar adelante ese trabajo, Jitrik modula una voz en la que lo

reconocemos, y que nos acompaña también cuando leemos su libro. En la escritura está marcada por la presencia de la primera persona. Su “se me ocurre que”, que puntúa aquí y allá estos estudios, conjuga con felicidad esa primera persona, el impromptu de la intuición analítica, la apuesta a la imaginación en la indagación crítica, el matiz de necesaria desconfianza ante lo repentino que amablemente invita y habilita a opinar al lector. Quizá esos coloquialismos que le dan tono también puedan leerse como rasgo de época, e incluso como intervención poética: la mención a “la cosa política y social” (141), el “[T]odavía no estamos en eso” (con referencia a la desaparición o fusión de la literatura en otros hechos discursivos, 29), la conclusión de que a la “literatura argentina no le va tan mal” (204), son algunos ejemplos. El “recauchutaje poético” (189) atribuido al Lugones de *Los crepúsculos del jardín*, que hace par y se vuelve atributo en la “recauchutada oligarquía” (196) prueban, por otra parte, que la ironía es un condimento imprescindible para esa tarea y para esa voz.

Hacia el final del libro, una intervención aparentemente mínima podría ofrecer una síntesis del gesto crítico conformado por las operaciones, la voz, las categorías, que propone *Ensayos y estudios de literatura argentina*. En una nota al pie Jitrik recupera un fragmento de *El grado cero de la escritura*, de Roland Barthes. Y cita: “[L]engua y estilo son fuerzas ciegas; la escritura es un acto de solidaridad histórica”. Pero enseguida agrega, traduce, pone en acto: “es decir, aquello por lo que se opta” (225). Esta opción, que es la propia, es la elección verbal vincular por excelencia: la del relato. De la literatura nacional, entonces,

como una narración que se traslada y descubre para los lectores, de esos lectores “[que] esperan de la historia de la literatura una ampliación de los sentidos que por sí mismos, pero restringidamente, pudieron percibir” (210). Entre la opción deliberada y la elucidación de lo que la literatura nos insinúa se abre en *Ensayos y estudios de literatura argentina* una poética para la crítica futura; una poética que aún nos toca y nos invita a transformar los modos de acercarnos al hecho literario.